



BIBLIOTECA

N
N
E
E
F
C
C
O

Q 6550

A 17

1864



PARTE PRIMERA

POESIAS

¡TREINTA AÑOS!

¡Treinta años! Quién me diría
que tuviese al cabo de ellos,
si no blancos mis cabellos
el alma apagada y fría?
Un día tras otro día
mi existencia han consumido,
y hoy asombrado, aturdido,
mi memoria se derrama
por el ancho panorama
de los años que he vivido

Y aparecen ante mi
fugitivas y ligeras
las venturosas quimeras
que desvanecerse ví:
la inocencia que perdí,
y aquel vago sentimiento
que animó mi pensamiento
cuando eran mis alegrías
las mágicas armonías
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño
 en la vida que disfruto
 un siglo cada minuto,
 una eternidad cada año.
 El dolor y el desengaño
 forman parte de mi mismo,
 y el torpe materialismo
 de esta edad indiferente
 cubre de sombras mi frente
 y abre á mis piés un abismo.

Sacude el mar su melena
 de crespas olas rugiendo,
 y con pavoroso estruendo
 los aires asorda y llena.
 Pero una playa de arena
 su audaz cólera contiene....
 ¡Ayl! ¿Quién habrá que refrene
 el tormentoso oceano
 que en el pensamiento humano
 ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!.. Tanto se encumbra
 tan locamente camina,
 que ya no es luz que ilumina
 sino hoguera que deslumbra.
 Al horror nos acostumbra,
 siembra de ruinas el suelo,
 y en su inextinguible anhelo
 álzase hasta Dios atea
 con la sacrilega idea
 de derribarle del cielo.

He visto troncos volcados,
 instituciones caídas,
 y tras recias sacudidas
 pueblos y reyes cansados
 Propios y ajenos cuidados
 muévenme continúa guerra,
 y mi espíritu se aterra
 cuando perdida la calma,
 siento rugir en el alma
 la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fui
 hondas heridas renuevo,
 y me parece que llevo
 la muerte dentro de mí.
 No veo lo que antes ví,
 no siento lo que he sentido,
 no responde ni un latido
 del corazón si á él acudo,
 llamo al cielo y esta mudo,
 busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación
 que vas, con loco ardimiento,
 nutriendo tu entendimiento
 á expensas del corazón.
 Díme, ¿no es cierto que son
 vivas tu penas y ardientes?
 ¿No es verdad que te arrepientes.
 presa de terrores graves,
 de los misterios que sabes
 y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,
 después de mis desengaños,
 lanzar hácia atrás los años
 que el destino me depara.
 Pero, ¡hay! el tiempo no pára,
 ni tuerce su curso el río,
 ni vuelve al nido vacío
 el ave muerta en la selva,
 ¡ni quiere el cielo que vuelva
 la esperanza al pecho miol!

4 Agosto 1864.



LA DUDA.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO POETA

DON ANTONIO HURTADO

Desde esta soledad en donde vivo,
y en la cual de los hombres olvidado
ni cartas ni periódicos recibo;
donde reposo en apacible calma,
lejos, lejos del mundo que ha gastado
con la del cuerpo la salud del alma;
antes de que el torrente desbordado
de la ambición, con impetu violento
me arrebatase otra vez; desde la orilla
donde yace encallada mi barquilla,
libre ya de las ondas y del viento,
como recuerdo de amistad te escribo

¡Ay! Aunque salvo del peligro, siento
la inquietud angustiosa del cautivo,
que rompiendo su férrea ligadura
traspasa fatigado á la ventura
montes, llanos y selvas, fugitivo.
El rumor apagado que levantan
las hojas secas que á su paso mueve,
las avecillas que en el árbol cantan,
el aire que en las ramas se cimbrea
con movimiento reposado y leve,
el río que entre guijas serpentea,
la luz del día, la callada sombra
de la serena noche, el eco, el ruido,
la misma soledad ¡todo le asombra!
Y cuando ya de caminar rendido
sobre la yerta piedra se reclina
y le sorprende el sueño y le domina,
oye en torno de sí, medio dormido,
vago y siniestro són. Despierta, calla,
y fija su atención despavorido;
la oscuridad le ofusca, se incorpora
y el rumor le persigue.—¡Es el latido
de su azorado corazón que estalla!—

Y entonces ¡ay! desesperado llora.
Porque es la libertad don tan querido,
que en el humano espíritu batalla,
más que el placer de conseguirla, el miedo
de volverla á perder.

Yo que no puedo
recordar sin espanto la agonía,
la dura y azarosa incertidumbre
en que mi triste corazón gemía
sometido á penosa servidumbre,
cuando, arista á merced del torbellino,
sin elección ni voluntad seguía
los secretos impulsos del destino,
y en ese pavoroso desconcierto
de la social contienda, consumía
la paz del alma, la esperanza mía,
hoy que la tempestad arrojó al puerto
mi navecilla rota y quebrantada,
temo ¡infeliz de mí que otra oleada
la vuelva al mar donde mi calma ha muerto.

Para vencer su furia desatada
¿qué soy yo? ¿qué es el hombre? Sombra leve,
partícula de polvo en el desierto.
Cuando el *simoun* de la pasión le mueve,
busca el átomo al átomo, y la arena
es nube, es huracán, es cataclismo.
Gigante mole los espacios llena,
bajo su peso el mundo se conmueve,
oscurece la luz, llega al abismo
y al sumo Dios que la formó se atreve.
Vértigo arrollador todo lo arrasa;
pero después que el torbellino pasa
y se apacigua y duerme la tormenta,
¿qué queda? Polvo mísero y liviano
que el ala frágil del insecto aventa,
que se pierde en la palma de la mano.
¡Oh grata soledad, yo te bendigo,
tú que al náufrago, al triste, al pobre grano
de desligada arena das abrigo!

Muchas veces, Antonio, devorado
por ese afán oculto que no sabe
la mente descifrar, me he preguntado,
—cuestión á un tiempo inoportuna y grave—

¿qué busco? ¿á dónde voy? ¿por qué he nacido
 en esta Edad sin fe?—Yo soy un ave
 que llegó sola y sin amor al nido.
 Á este nido social en que vegeta,
 mayor de edad, la ciega muchedumbre,
 al infortunio y al error sujeta
 entre miseria y sangre y podredumbre.
 Contéplala, si puedes, tú que al cielo
 con tus radiantes alas de poeta
 tal vez quisiste remontar el vuelo,
 y si éste el mundo que soñaste ha sido,
 nunca el encanto de tu dicha acabe....
 ¡Ah! pero tú también eras un ave
 que llegó sola y sin amor al nido.

Desde la altura de mi siglo, tiendo
 alguna vez con ánimo atrevido,
 mi vista á lo pasado, y removiendo
 los deshechos escombros de la historia,
 en el febril anhelo que me agita
 sus ruinas vuelvo á alzar en mi memoria
 Y al través de las capas seculares
 que el aluvión del tiempo deposita
 sobre columnas, pórticos y altares;
 del polvo inanimado con que cubre
 la loca vanidad del polvo vivo,
 que arrebatá á su paso fugitivo,
 como el viento las hojas en Octubre;
 mudo de admiración y de respeto
 busco la antigüedad—roto esqueleto
 que entre la densa lotreguez asoma—
 y ofrecen á mi absorta fantasía
 sus dioses Grecia, sus guerreros Roma,
 sus mártires la fe cristiana y pia,
 el patriotismo su grandeza austera,
 sus monstruos la insaciable tiranía,
 sus vengadores la virtud severa.
 Y llevado en las alas del deseo
 que anima mi ilusión, á veces creo
 volver á aquella Edad.—En la espesura
 del bosque, en el murmullo de la fuente,
 en el claro lucero que fulgura,
 en el escollo de la mar rugiente,
 en la espuma, en el átomo, en la nada
 Apolo centellea, alza su frente

de luminoso lauro coronada.
 Por él la luna que entre sombras gira,
 la luz que en rayos de color se parte,
 la ola que bulle, el viento que suspira,
 todo es Dios, todo es himno, todo es arte.
 ¡Ayl! ¿No es verdad que en tus eternas horas
 de desaliento y decepción, recuerdas
 esa dorada Edad, y que te inspira
 el coro de sus musas voladoras,
 que murmuran y gimen en las cuerdas
 de la ya rota y olvidada lira?
 Aunque las llames, no vendrán: ¡han muerto!
 la voz del interés grosera y ruda
 anuncia que el Parnaso está desierto
 y la naturaleza triste y muda.

Que en este siglo de sarcasmo y duda
 sólo una musa vive. Musa ciega,
 implacable, brutal. ¡Demonio acaso
 que con los hombres y los dioses juegal
 La Musa del análisis, que armada
 del árido escarpelo, a cada paso
 nos precipita en el oscuro abismo
 ó nos asoma al borde de la nada.
 ¿No la ves? ¿No la sientes en ti misma?
 ¿Quién no lleva esa víbora enroscada
 dentro del corazón? ¡Ayl cuando llena
 de noble ardor la juventud florida
 quiere surcar la atmósfera serena,
 quiere aspirar las auras de la vida
 esa Musa fatal y tentadora
 en el libro, en la cátedra, en la escena
 se apodera del alma y la devora.
 ¡Si á veces imagino que envenena
 la leche maternall En nuestros lares,
 en el retiro, en el regazo tierno
 del amor, hasta al pié de los altares
 nos persigue ese aborto del infierno.

¡Cuántas noches de horror, conmigo á solas,
 ha sacudido con su sopro ardiente
 los tristes pensamientos de mi mente
 como sacude el huracan las olas!
 ¡Cuántas, ay, revolcándome en el lecho,
 he golpeado con furor mi frente,

he desgarrado sin piedad mi pecho,
y entre visiones lúgubres y extrañas,
su diente de reptil, áspero y frío,
he sentido clavarse en mis entrañas!
¡Noches de soledad, noches de hastío
en que, lleno de angustia y sobresalto,
se agitaba mi sér en el vacío
de fe, de luz, y de esperanza falto!
¿Y quién mantiene viva la esperanza
si donde quiera que la vista alcanza
ve escombros nada más? Por entre ruinas
la humanidad desorientada avanza;
hechos, leyes, costumbres y doctrinas
como edificio envejecido y roto
desplomándose van; sordo y profundo
no sé qué irresistible terremoto
moral, conmueve en su cimiento el mundo.

Ruedan los tronos, ruedan los altares:
reyes, naciones, génios y colosos
pasan como las ondas de los mares
empujadas por vientos borrascosos.
Todo tiembla en redor, todo vacila.
Hasta la misma religión sagrada
es moribunda lámpara que oscila
sobre el sepulcro de la edad pasada.
Y cual turbia corriente alborotada,
libre del ancho cauce que la encierra,
la duda audaz, la asoladora duda
como una inundación cubre la tierra.
—¡Es que el manto de Dios ya no la escuda!—
No la defiende el varonil desnudo
de la fe inexpugnable y de las leyes,
y el dios de los incrédulos, el miedo,
rige á su voluntad pueblos y reyes,
El los rumores bélicos propala,
él organiza innúmeras legiones
que buscan la ocasión, no la justicia.
Mas ¿qué podrán hacer? No se apuntala
con lanzas, bayonetas ni cañones,
el templo secular que se desquicia.
En medio de este caos, como un arcano
impenetrable, pavoroso, oscuro,
yéruese altivo el pensamiento humano
de su grandeza y majestad seguro.

Y semejante al árbol carcomido
por incansable y destructor gusano,
que cuando tiene el corazón roído,
desenvuelve su copa más lozano,
al través del social desasosiego
cruza la tierra en su corcel de fuego,
hasta los cielos atrevido sube,
pone en la luz su vencedora mano,
el rayo arranca á la irritada nube
y horada con su acento el oceano.
¡Mas, ay, del árbol que frondoso crece
sostenido no más por su corteza;
Tal vez la brisa que las flores mece
derribará en el polvo su grandeza.

—¡Tal vez! ¿Lo sabes tú? ¿Quién el misterio
logra profundizar? Esta sombría
turbación, esta lóbrega tristeza
que invade sin cesar nuestro hemisferio,
¿es acaso el crepúsculo del día
que se extingue, ó la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento ó agonía?
Lo ignoras como yo. ¡Nadie lo sabe!
Sólo sé que la dulce poesía
va enmudeciendo, y cuando calla el ave,
es que su oscuridad la noche envía
Oigo el desacordado clamoreo
que alza doquier la muchedumbre inquieta,
sin freno, sin antorcha que la guíe;
ando entre ruinas, y espantado veo
cómo al sordo compás de la piqueta
la embrutecida indiferencia ríe.

—También en Roma, torpe y descreída,
la copa llena de espumoso y rico
licor, gozábese desprevenida,
hasta que de improviso por la herida
que abrió en su cuello el hacha de Alarico
escapósele el vino con la vida.—
Todo el cercano cataclismo advierte,
pero en esta ansiedad que nos devora
ninguno habrá que á descifrar acierte,
la gran transformación que se elabora.

¿Y qué más da? Resurrección ó muerte,
vespertino crepúsculo ó aurora,

los que siguen llorando su camino
 por medio de esta confusión horrenda,
 con inseguro paso y rumbo incierto,
 ¿dónde levantarán su débil tienda
 que no la arranque el rauda torbellino
 ni la envuelva la arena del desierto?
 En otro tiempo el ánimo doliente,
 atormentado por la duda humana,
 postrábase sumiso y penitente
 en el regazo de la fe cristiana,
 y allí, bajo la bóveda sombría
 del templo, el corazón desesperado
 se humillaba en el polvo y renacía.
 Cristo en la cruz del Gólgota clavado
 extendía sus brazos, compasivo,
 al dolor sublimado en la plegaria,
 y para el pobre y triste fugitivo
 del mundo, era la celda solitaria
 puerto de salvación, sepulcro vivo,
 anulación del cuerpo voluntaria.

[Ayl En aquella paz santa y profunda
 todo era austero, reposado, grave.
 La elevación de la gigante nave,
 la luz entrecortada y moribunda,
 la sencilla oración de un pueblo inmenso
 uniéndose á los cánticos del coro,
 la armonía del órgano sonoro,
 las blancas nubes de quemado incienso,
 el frío y duro pavimento, fosa
 común, perpétuamente renovada,
 de la cual cada tumba, cada losa
 es doble puerta que limita y cierra
 por debajo el silencio de la nada,
 por encima el tumulto de la tierra;
 aquella majestad, aquel olvido
 del siglo, aquel recuerdo de la muerte,
 parecían decir con infinita
 dulzura al corazón desfallecido;
 al espíritu ciego, al alma inerte:
Ego sum via, et veritas et vita (1)
 Aquí en su pequeñez el hombre es fuerte.—
 Mas ¿dónde iremos ya? Torpes y oscuros

(1) Joan, XIV, 6.

planes hallaron en el claustro abrigo,
 y Dios airado desató el castigo
 y con el rayo derribo sus muros
 ¿Dónde posar la fatigada frente?
 ¿Dónde volver los afligidos ojos,
 cuando ha dejado el corazón creyente
 prendidos en los ásperos abrojos
 su fe piadosa y su interés mundano?
 ¿Dónde?

¡En tí, soledad! Yo te bendigo,
 porque al naufrago, al triste, al pobre grano
 de desligada arena das abrigo.

San Gervasio de Casolas (Barcelona), 20 de Abril de 1868.

EN EL MONASTERIO DE PIEDRA.

(ARAGÓN)

Venga el ateo y fije sus miradas
 en las raudas cascadas
 que caen con el estrépito del trueno
 en ese bosque que oscurece el día,
 de rústica armonía
 y de perfumes y de sombra lleno;
 en la gruta titánica que arredra
 con sus monstruos de piedra,
 su oculto lago y despeñado río:
 que ante tantas grandezas el ateo
 dirá asombrado:—¡Creo,
 creo en tu excelsa majestad, Dios miol
 Arpa es la creación, que en la tranquila
 inmensidad oscila
 con ritmo eterno y cántico sonoro.
 Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
 en tierra, mar y viento,
 que del himno inmortal no forme coro.
 El insecto entre el césped escondido,
 el pájaro en su nido,
 el trueno en las entrañas de la nube,
 hasta la flor que en los sepulcros brota,
 todo exala su nota
 que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega
que á enloquecerle llega.
podrá alcanzar, en su insaciabla anhelo,
ese poder augusto y soberano
que enfrena el Oceano
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente
se agitará impotente
en su orgullo satánico y maldito;
siempre, desesperado Prometeo,
le acosará el deseo,
¡ay! que, como el dolor, es infinito.

Julio de 1872.

A DARWIN.

I.

¡Gloria al genio inmortal! Gloria al profundo
Darwin, que de este mundo
penetra el hondo y pavoroso arcano!
¡Que, removiendo lo pasado incierto,
sagaz ha descubierto
el abolengo del linaje humano!

II.

Puede el necio exclamar en su locura.
—¡Yo soy de Dios hechura!—
y con tan alto origen darse tono.
¿Quién, que estime su crédito y su nombre
no sabe que es el hombre
la natural transformación del mono?

III.

Con meditada calma y paso á paso,
cual reclamaba el caso,
llegó á tal perfección un mono viejo:
y la vivaz materia por sí sola
le suprimió la cola,
le ensanchó el cráneo y le afeitó el pellejo.

IV.

Esa invisible fuerza creadora,
siempre viva y sonora,
música, verbo, pensamiento alado;
ese trémulo acento en que la idea
palpita y centellea
como el soplo de Dios en lo creado;

V.

(hablo de Dios, porque lo exige el metro
más tu perdón impetro
¡oh formidable secta darwiniana!)
Ese sonido, como el sol fecundo,
que vibra en todo el mundo
y resplandece en la palabra humana;

VI.

esa voz, llena de poder y encanto,
ese misterio santo,
lazo de amor, espíritu de vida,
ha sido el grito de la bestia hirsuta,
en la cóncava gruta
de los ásperos bosques escondida.

VII.

¡Ay! Si es verdad lo que la ciencia enseña,
¿por qué se agita y sueña
el hombre, de su paz fiero enemigo?
¿A qué aspira? ¿Qué anhela? ¿Qué es en suma,
el genio que le abruma?
¿Fuerza ó debilidad? ¿Premio ó castigo?

VIII.

Honor, virtud, ardientes devaneos,
imposibles deseos,
loca ambición, estéril esperanza;
horrible tempestad que eternamente
perturbas nuestra mente,
con acentos de amor ó de venganza

IX.

conciencia del deber que nos oprimes,
 ilusiones sublimes
 que á más alta región tendéis el vuelo:
 ¿qué sois? ¿A dónde vais? ¿Por qué os sentimos?
 ¿Por qué crimen perdimos
 la inocencia brutal de nuestro abuelo?

X.

Ajeno á todo inexcrutable arcano,
 nuestro Adán cuadrumano
 en las selvas perdido y en los montes,
 de fijo no estudiaba ni entendía
 esta filosofía
 que abre al dolor tan vastos horizontes.

XI.

Independiente y libre en la espesura,
 no sufrió la amargura
 que nos quema y devora las entrañas.
 Dábanle el bosque entretejidas frondas,
 el río claras ondas,
 aire sutil y puro las montañas;

XII.

la tierra, á su elección, como en tributo
 dulce y sabroso fruto,
 música el viento susurrante y vago;
 su luz fecunda el sol esplendoroso,
 la noche su reposo
 y limpio espejo el cristalino lago.

XIII.

En su pelliza natural envuelto,
 gozaba alegre y suelto
 de su querida libertad salvaje.
 Aún no grabada figurines Francia,
 y en su rústica estancia
 lo que la vida le duraba el traje.

XIV.

Desconoció la púrpura y la seda,
 no inventó la moneda
 para adorarla envilecido y ciego.
 Ni se dejó coger, como un idiota,
 por una infame sota
 en la red del amor ó en la del juego.

XV.

No turbaron su paz ni su apetito
 este anhelo infinito,
 esta pena tan honda como aguda.
 ¡Ayl ni á pedazos le arrancò del alma
 su candorosa calma,
 el demonio implacable de la duda.

XVI.

Y en esas lentas y nocturnas horas,
 negras, abrumadoras,
 en que la angustia nos desgarró el pecho,
 con tu mirada impenetrable y triste,
 nunca te apareciste
 ¡oh desesperación! junto á su lecho.

XVII.

No buscó los laureles del poeta,
 ni en su ambición inquieta
 alzó sobre cadáveres un trono.
 No le acosó remordimiento alguno.
 No fué rey, ni tribuno,
 ni siquiera elector!... ¡Dichoso monó!

XVIII.

En la copa de un árbol suspendido
 y con la cola asido,
 extraño á los halagos de la fama,
 sin pensar en la tierra ni en el cielo,
 nuestro inocente abuelo
 la vida se pasó de rama en rama.

XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna virgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y más fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
á la sonora margen de los ríos,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos;

XXI.

allí, donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,
los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII.

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia páfida se escondel
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo á su instinto natural respondel

XXV.

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI.

¡Batid gozosos la sangrientas manos,
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre á la razón dobla su frente
más sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de la fieras doma.
24 de Diciembre de 1872.

LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones

¡Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y callal
¿Qué valen sus gorjeos
ante la voz airada
del trueno, que retumba
en valles y en montañas?